

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO



Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

Julián Ibáñez

Violentamente
pelirroja



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, n.º 20 —

SERIE BELLÓN, 9

MADRID • MMXVIII

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento, transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © JULIÁN IBÁÑEZ

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: CARLOS AUGUSTO CASAS

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Ilustración de cubierta © Evgeniya Porechenskaya
Fotografía del autor en solapa © Getafe Negro

Primera edición: Abril 2017
I.S.B.N: 978-84-948260-4-7
Depósito legal: M-9434-2018-
Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

—*Así que vino a tomar las aguas, ¿al Sahara?*

—*Me informaron mal.*

(Casablanca)

Me había mirado de una forma especial. Algo quería. Pero no iba a ir a donde estaba ella, aunque me llamara, que no lo haría, enviaría a una de las chicas a darme el recado, dile que se acerque, entonces yo podía ir donde ella, o quedarme donde estaba, dejando claro que no era su lacayo. «Doña Lola para tí», me había dicho; en realidad, «doña Lola» para todos.

Era un buen bar, o un club, como lo queráis llamar, con clientes parlotando sin apoyar el codo en el apoyabrazos de cuero negro, con las piernas cruzadas, en un tono de voz que venía del interior de una catedral. Las chicas estaban bien, sin llegar a los treinta, delgaditas, con chaleco de cuero negro desabrochado y sin nada debajo; sabían poner una copa y de tarde en tarde sonreían. No había ceniceros, pero se nos permitía tirar de cajetilla cuando lo deseáramos.

Acababa de pedir otra copa, que me pondrían en la cuenta, por lo que tendría que soportar esa mirada especial como si hubieran dejado abierta la puerta de las letrinas.

La chica pareció leer mis pensamientos, se plantó muy tiesa delante de mí para decirme que invitaba la casa a «esa»

copa, incluso se esforzó en recordar cómo se sonreía, sin conseguirlo. Volvió la cabeza hacia doña Lola que se encontraba fuera de la barra dándole palique a un fulano.

—Espera —me dijo, sin dejarme contestar.

Se dirigió donde la jefa. Esperó a que comenzara a deshacerse el donuts de humo que el fulano había lanzado al aire y le dijo algo pegando casi los labios a su oreja. La jefa afirmó levemente, sin desviar la mirada del tipo que contemplaba los restos de la voluta. Le arrojó un par de palabras y enfiló hacia mí.

Su aspecto era un poco... percherón, y su aire como malvado. Tenía un cuerpo grande y mullido. Con un maquillaje intenso: los ojos, de mirada maciza, eran negros, con un antifaz de rímel verde ciruela (las chicas decían que era lo mejor que tenía), sin cejas, o con cejas pintadas, como dos alfanjes, con largas pestañas postizas. Su boca era grande y fría, en un rostro rosado, colocado sobre una doble papada. Era una cara muerta. Al parecer una de las chicas le afeitaba las piernas de vez en cuando.

Su vestido, blanco marfil con lentejuelas, ceñido, no le impedía moverse con soltura. Para mi gusto lo mejor era el cabello: una peluca roja, un rojo Infierno, que le llegaba hasta los hombros, lisa, sin ninguna onda o rizo, como lava derramándose por las laderas de su cabeza.

Se detuvo delante de mí, sin apoyarse en la barra, porque los viejos tiempos habían terminado, ahora se dedicaba a poner un poco de orden a ambos lados y a dirigirse a los buenos clientes por su nombre de pila, invitándoles a una ronda de vez en cuando. Intercambiamos un par de gruñidos y:

—Corazón. Has hablado un par de veces con ella.

No dije nada, tampoco desvié la mirada. Corazón era una de las chicas. Esperó durante unos segundos a que yo abriera la boca e hizo una seña a la chica para que le alcanzara una tira de papel con números que había sacado de la caja. La echó un vistazo.

—No ha venido a trabajar —continuó, estudiando las cifras del papel—. No responde al teléfono. Vive sola. —Levantó la cabeza para ofrecerme su mirada dura—. Acércate a su casa, a ver qué pasa.

Era una especie de orden, como si yo fuera un caniche que no se quería meter en la cesta. Mis ojos no se desviaron de los suyos.

—¿Nada más?

Durante unos segundos su mirada aprisionó la mía. Le echó otro vistazo a la tira de papel. La rasgó y le dio los pedazos a la chica que los arrojó al cubo de la basura. Me miró.

—¿No es a lo que te dedicas?

No, no era a lo que me dedicaba.

—No, exactamente. Te costará pasta. Soy caro.

Siguió mirándome, como preguntándose si ahora me dedicaba a encaramarme sobre los hombros de la gente para mirar desde arriba

—Lo primero, lo sé. —Entonces giró un poco la cabeza y sus ojos se pusieron en el cubo de la basura. Y me miró de nuevo—. No sabemos nada de ella, no es normal. Acércate a ver qué pasa.

—Quizás esté enferma.

—Ayer estaba muy bien. No lo creo. La calle es Emilio Pino, en el 13, aquí, en Móstoles. Date una vuelta por allí.

—Las chicas van y vienen. Y pasan de fiestas de despedida...

—No ha liquidado —me interrumpió—. Son solo un par de billetes, pero no tenía motivo para dejarme. Todas las chicas detrás de esta barra están contentas.

Eché una mirada fugaz a lo largo de la barra. Empiné un trago. No me quedaba ninguna sonrisa así que me la ahorré.

—Llamo a su puerta, me abre y le pregunto por qué ha hecho novillos, o le doy ese par de billetes que le debes: que a la jefa no le gusta deber dinero a nadie. Te costará otro par de billetes, es un largo paseo de diez minutos.

—Coge el Lexus.

El Lexus era su buga. Demasiado dinero y facilidades por llamar a la puerta de una chica. Algo se retorció en el fondo de mi mente, sin mucha fuerza. Pero me encontraba demasiado cómodo encaramado en aquella banqueta, poniéndome la copa chicas sin nada debajo del chaleco, con botones de nácar para golpear con la uña y una calefacción para que no tuviera frío.

Corazón hacía poco que trabajaba en el El Elefante Blanco, cosa de un par de meses. Era muy joven, andaría por los dieciocho, mayor de edad porque doña Lola no trabajaba con menores. Con un rostro dominado por unos enormes ojos verde oscuro como aceitunas, uno de esos cuerpos todavía de productos lácteos y con un par de tatuajes lavables en los hombros. Una ganga para cualquier harén. Seguramente había encontrado algo mejor y se había largado sin molestarse en despedirse, no había liquidado porque no le merecía la pena. La historia de todos los días. No comprendía el interés de la mujer que tenía delante por encontrarla.

Seguía mirándome, pero de otra manera, parecía estudiarme, como si no estuviera segura de que yo no fuera a salir corriendo. Volvió la cabeza hacia la barra, luego me miró de nuevo.

—No se ha ido voluntariamente.

Y se quedó esperando el efecto que producían sus palabras.

—¿Ah, no?

—No.

—Vaya.

No tenía nada que pensar, pero pareció buscar las palabras y tardó en responderme:

—Por la liquidación de dos semanas, y tampoco se despidió, y ella no es así, nadie vino a buscarla en el mes que ha estado aquí... —miró sobre los dos hombros, no muy acelerada, aunque sabía que no nos estaban escuchando. Sentí sobre mí toda la carga de sus ojos—. Antes de ponerse en esta barra estuvo trabajando para otro.

Su mirada se hizo más afilada, pidiéndome que el resto lo pusiera yo. Seguramente a aquel «otro» no le había parecido bien que Corazón le dejara y la había reintegrado al redil, es lo que quería decir.

—¿Que otro?

—No lo sé. Solo que estuvo trabajando para otro.

—¿Las chicas, no lo saben?

—No.

Me sorprendió aquella respuesta tan seca, como si ahora quisiera dejar aquel tema de conversación que ella había sacado. Nos quedamos en silencio. Si había un «otro» todo cambiaba, sentí como si alguien hubiera cortado las patas de mi banqueta y estuviera contemplando el bar a medio metro del suelo.

—¿Por qué yo? —se me ocurrió preguntarle, sabiendo que su respuesta tendría buen sabor.

—Porque te conoce —respondió al instante—. Las chicas confían en ti. Y porque si es algo serio podrás colgar en tu armario un traje nuevo.

—¿No te gusta mi traje? —la pregunté, como si iniciáramos otra conversación más seria.

Podía haberse referido a mi cuenta corriente, o hablarme de una cifra, sin más. Pero había preferido tratarme como a un paria. La mujer que tenía delante era muy lista, sabía que aquello me iba a molestar, así y todo lo había dicho, buscando que me molestara, sin que yo llegara a comprender la razón. Ya digo: para darle cuatro puñaladas y enviarla al rastrojo.

No se dignó contestarme.

—Tenme informada. Si hay otra gente te faltarán bolsillos para lo que te voy a dar. —Asintió lentamente porque lo hizo solo para ella. Miró de nuevo hacia el cubo de la basura—. Hemos perdido tu cuenta. No te vamos a abrir otra —inclinó la cabeza hacia la puerta—, porque esa puerta estará cerrada para ti si no traes del brazo a Corazón.

Dio media vuelta y se alejó.

Me quedé mirándola, me pareció que caminaba demasiado rígida, con apariencia militar, o facilitando las cosas para meterla en la caja; recordé que su cuenta de ahorro había comenzado a crecer sacando brillo con el culo a la tapia de una academia militar, en Toledo, si no estaba mal informado.

Permanecí pensativo durante un minuto, luego apuré la copa, dejé la banqueta y salí del bar.

No le había pedido el Lexus, quería que mi relación con ella fuera de tú a tú, aunque su tú fueran mayúsculas de gran tamaño.

En realidad Emilio Pino no estaba lejos. Un paseo de veinte minutos, a buena marcha.

El número 13 era un edificio moderno, de apartamentos y estudios, con una puerta de cristal. Apreté un par de botones del telefonillo, unos segundos y la puerta se abrió sin que nadie me preguntara nada. Entré. Un buzón me informó que Corazón vivía en el primero, en la puerta C. Los estudios estaban en la última planta, así que no era un estudio, lo que me extrañó.

La C era una puerta con tres cerraduras que te invitaban a pasar de largo. Me pareció demasiado para una chica que sacaba el billete de cada día detrás de una barra. Apreté el botón del timbre pero ningún sonido me respondió al otro lado. De nuevo me extrañó. Empleé los nudillos. Era una puerta gruesa y el sonido no se alejó más de un palmo. Mis tripas me preguntaron dónde estaba la sopa. No había cenado. Repetí la llamada. Sin respuesta. La puerta de enfrente tenía la letra B. Llamé. Sonó algo mejor. Otro minuto y sin respuesta tampoco.

Si Corazón se había largado, allí no se encontraba, era el primer lugar donde irían a buscarla. Me tocó resoplar, salir a la calle y alejarme rápido, con las manos en los bolsillos, obligando a mi cerebro a pensar solo en una cena ligera.

Hacía un frío que te arrancaba las orejas, era una de esas noches con el manto oscuro salpicado de estrellas, con una